Un compromiso con la libertad

PILAR CAMBRA
Redactora Jefe de Expansión

Hace ya años, entrevisté al gran novelista Gonzalo Torrente Ballester. Preparé un cuestionario amplio y exhaustivo sobre su obra, su escritura en particular y la literatura en general. Yo quería detalles, anécdotas, precisiones… En un momento dado, Torrente Ballester, ya algo mayor y quizá cansado de mi interrogatorio. me dijo: «Mire, señorita: no se equivoque… Yo, a lo que he dedicado casi toda mi vida es a desasnar bachilleres…»

Pues bien: parafraseando al novelista, puedo decir que mi oficio no es dar conferencias. A lo que me he dedicado, me dedico y, si Dios así lo quiere, me seguiré dedicando es a contar historias. Y por una de ellas voy a comenzar… Creo que la conozco bastante bien porque es la mía propia…

Desde que tuve uso de razón, afirmé que quería ser médico. Cuando aprobé el Preuniversitario, mi padre – que fue un hombre muy bueno, muy prudente, muy sabio y respetaba enormemente mi libertad – le pidió a un amigo suyo, catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia en la que yo debía matricularme, que me diera una vuelta por allí antes de proceder al trámite. El catedrático no se anduvo con chiquitas: inició el 'tour' por las salas de disección de la Facultad. Y allí terminó mi vocación de médico: le di educadamente las gracias a mi guía y me fui a casa. Ese mismo día, cuando toda la familia estaba reunida en la mesa, anuncié: «Ya no quiero ser médico». Mi padre y mi madre me preguntaron: «¿Y qué quieres ser?». Yo respondí, sin saber muy bien el porqué: «Periodista»… En mi familia no había antecedentes: tal vez aquel tío abuelo lejano que tuvo una imprenta… Yo no escribía mal – artículos publicados

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

en la revista de mi colegio – y, desde luego, mostré una temprana curiosidad universal que mi madre soportaba con buen temple… Y, finalmente, mis padres me enviaron a la Universidad de Navarra, al entonces Instituto de Periodismo, el único lugar –según su criterio– en el que podían prepararme con seriedad para una profesión que, la verdad, no estaba muy bien vista en aquellos tiempos…

1. UN 8 DE OCTUBRE DE 1967

Y fue el 8 de octubre de 1967, en el Campus de la Universidad, cuando escuché unas palabras que –tal vez sin saberlo entonces– se hincaron en mi corazón y en mi mente y me fueron descubriendo las verdaderas raíces que darían razón de ser a mi vocación profesional de periodista, de «comunicadora»… Las pronunciaba el fundador del Opus Dei, el Gran Canciller de la Universidad de Navarra, en el curso de la Misa que celebró al aire libre, ante del Edificio de la Biblioteca… Un hombre santo, Josemaría Escrivá de Balaguer…

Y escuché: *«Allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres»*… Y escuché: *«Hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir»*… Y escuché: *«O sabemos encontrar en nuestra vida cotidiana al Señor, o no lo encontraremos nunca»*… Y escuché: *«En la línea del horizonte parecen unirse cielo y tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria»*… Y escuché: *«La libertad personal es esencial en la vida cristiana… Tenéis la grave tarea de hacer más humana y más justa la sociedad temporal»* (*Conversaciones*, 114–116).

Era la famosa «Homilía del Campus», maravillosamente titulada –se lo digo yo, que soy periodista…– «Amar al mundo apasionadamente». Y, ¿qué mundo era el que yo debía amar apasionadamente?: el mío, aquel en el que vivo, el que tengo que observar, aquel en el que tengo el deber de trabajar para comunicarlo… Una casi infinita suma de actividades llevadas a cabo por seres humanos. Y esa es la clave de todos los trabajos en general y del mío de periodista en particular: la concepción del ser humano… ¿Qué es el ser humano, un trozo de carne con ojos?… ¿O, como se traslucía en las frases de aquella homilía y como no cesó de proclamar San Josemaría, con palabras de San Pablo, un portador de alma inmortal

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

dotado «de la libertad de la gloria de los hijos de Dios»? Aquel 8 de octubre, yo había dado con la clave del arco de mi vocación y de mi propia existencia.

2. UN CONOCEDOR DE LA «MATERIA PERIODÍSTICA»

San Josemaría Escrivá, el fundador del Opus Dei, no elaboró una «doctrina» específica sobre el periodismo, los periodistas, los medios de comunicación. Quizá porque, como repitió muchas veces, él tenía «un solo puchero» para todos los hombres y todas las profesiones, un mensaje «viejo como el Evangelio y, como el Evangelio, nuevo». Pero no cabe duda de que conocía bien la «materia periodística»; padeció, por ejemplo, los efectos de la 'línea de sombra', del 'lado oscuro' de esta actividad: maledicencias, mentiras y calumnias amplificadas e intensificadas por la acción de los medios de comunicación.

Él mismo fue un gran escritor y un excelente narrador de historias. Si lo hubiese querido, habría practicado un magnífico «periodismo de investigación» y de «interpretación», dos géneros muy en boga actualmente... He aquí una muestra que se halla en su homilía *Trabajo de Dios*, pronunciada el 6 de enero de 1960 y recogida en el libro *Amigos de Dios*: «Recuerdo la temporada de mi estancia en Burgos, durante la guerra civil española. Allí acudían tantos, a pasar unos días conmigo (...) Tenía la costumbre de salir de paseo con ellos (...) A veces, nuestras caminatas llegaban al monasterio de las Huelgas, y en otras ocasiones nos escapábamos a la Catedral (...) Me gustaba subir a una torre, para contemplar de cerca la crestería, un auténtico encaje de piedra, fruto de una labor paciente, costosa. En esas charlas les hacía notar que aquella maravilla no se veía desde abajo. Y, para materializar lo que con repetida frecuencia les había explicado, les comentaba: ¡esto es el trabajo de Dios, la obra de Dios!: acabar la tarea personal con perfección, con belleza, con el primor de estas delicadas blondas de piedra». El fundador del Opus Dei había «investigado» aquella hermosura oculta en las cresterías de la Catedral de Burgos, lo que pocos habían querido o sabido ver; y, lo que es más importante, había «interpretado», bella y gráficamente, lo que es el «trabajo de Dios» (*Amigos de Dios*, 65).

Y, además, San Josemaría tenía un fino y vivo sentido del humor, una cualidad que me parece cada vez más esencial en el muchas veces áspero trabajo de los periodistas, siempre tentados por el pesimismo que produce la contemplación de los peores avatares de la vida humana.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

3. TRES RASGOS FUERTES

San Josemaría Escrivá no tenía una doctrina específica para los periodistas; pero su propia personalidad, así como el espíritu del Opus Dei –puro cristianismo, por lo demás…–, posee tres rasgos fuertes que también son esenciales en el ejercicio de un periodismo digno de tal nombre: la búsqueda y difusión de la verdad; el compromiso irrenunciable con la libertad; y el ejercicio constante de una responsabilidad madura.

«Nunca tengas miedo a decir la verdad»

Pienso que Poncio Pilatos, además de cobarde, es, sin duda, el peor periodista de la historia: preguntó a Jesucristo, al único que podía y quería responderle, «¿qué es la verdad?» y, sin esperar la respuesta del Hijo de Dios encarnado, dio media vuelta y se fue… Y es que tan poderosos y malignos enemigos de la verdad son las mentiras como la pereza y el miedo…

En el punto 571 de su obra *Surco*, el Fundador el Opus Dei escribe: «No te portes como un memo: nunca es fanatismo querer cada día conocer mejor, y amar más, y defender con mayor seguridad, la verdad que has de conocer, amar y defender. En cambio –lo digo sin miedo– caen en el sectarismo los que se oponen a esta lógica conducta, en nombre de una falsa libertad». Y en el punto 129 de *Forja* dice: «Nunca tengas miedo a decir la verdad, sin olvidar que algunas veces es mejor callar, por caridad con el prójimo. Pero no te calles jamás por desidia, por comodidad o por cobardía».

Pero esa búsqueda y difusión de la verdad, esencial en el periodismo, no es grosería, malos modos, prosa y verbo insultantes o chulescos. En el punto 959 de *Forja*, San Josemaría afirma: «No se puede ceder en lo que es de fe: pero no olvides que, para decir la verdad, no hace falta maltratar a nadie».

Cuando el fundador del Opus Dei habla de la verdad lo hace con un vigor «genético» que convence: «Soy aragonés –dice en la homilía «*El respeto cristiano a la persona y a su libertad*», recogida en el libro *Es Cristo que pasa*– y, hasta en lo humano de mi carácter, amo la sinceridad: siento una repulsión instintiva por todo lo que suponga tapujos» (*Es Cristo que pasa*, 70).

«Que la libertad sea proclamada»

Buen lector de autores clásicos españoles, San Josemaría Escrivá conocería, a buen seguro, la famosa «Epístola satírica y censoria» de Francisco de Quevedo que comienza así: «No he de callar, por más que con el dedo, ya tocando la boca,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

o ya la frente, silencio avises o amenaces miedo. ¿No ha de haber un espíritu valiente?¿siempre se ha de sentir lo que se dice? ¿nunca se ha decir lo que se siente?»... Y es que el compromiso con la libertad que el fundador del Opus Dei mantuvo siempre y defendió para sí y para todos los hombres es un duro ejercicio de la razón y de la voluntad. Quizá en unos tiempos más que en otros; en estos, especialmente, el periodista debe lidiar con mordazas muy sutiles, casi impalpables, que llevan nombres altisonantes como «tolerancia», «laicismo», «posmodernidad», «todo es relativo» o «¡no me seas fanático!»... Es el invisible cepo en el que queda atrapada la libertad propia – y la defensa de la verdadera libertad – en el afán por no ser molestado, por estar tranquilo, por aparecer como «políticamente correcto»... Pero, en el punto 600 de *Surco*, San Josemaría escribe: «Te molesta herir, crear divisiones, demostrar intolerancias... y vas transigiendo en posturas y puntos – ¡no son graves, me aseguras! – que traen consecuencias nefastas para tantos. Perdona mi sinceridad: con ese modo de actuar, caes en la intolerancia – que tanto te molesta – más necia y perjudicial: la de impedir que la libertad sea proclamada».

Otra trampa, no menos peligrosa, es la identificar la libertad con el «todo vale». Y, a este respecto, el fundador del Opus Dei decía en su homilía «El respeto cristiano a la persona y a su libertad», ya mencionada: «No costaría trabajo señalar, en esta época, casos de esa curiosidad agresiva que conduce a indagar morbosamente en la vida privada de los demás. Un mínimo sentido de justicia exige que, incluso en la investigación de un presunto delito, se proceda con cautela y moderación, sin tomar por cierto lo que sólo es una posibilidad. Se comprende claramente hasta qué punto la curiosidad malsana por destripar lo que no sólo no es delito, sino que puede ser una acción honrosa, deba calificarse como perversión. Frente a los negociadores de la sospecha, que dan la impresión de organizar una 'trata de intimidad', es preciso defender la dignidad de cada persona» (*Es Cristo que pasa*, 69) ... «Trata de intimidad»: un concepto sobre el que deberíamos reflexionar muchos todos los comunicadores...

Una responsable unidad de vida

En expresión consagrada y mil veces aconsejada por el fundador del Opus Dei como fundamento de una existencia recta cara a Dios y cara a los hombres, la responsabilidad se convierte en «unidad de vida»: igual en público que en privado, en el hogar que en la redacción, en los tiempos de bonanza y en los de tempestad, cuando eres joven y cuando te duelen los huesos, cuando los acontecimientos van a favor de tu trabajo o cuando se presentan a contrapelo... Escribe San Josemaría en el punto 34 de *Surco*: «Cuando está en juego la defensa de la verdad, ¿cómo se puede

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

desear no desagradar a Dios y, al mismo tiempo, no chocar con el ambiente? Son cosas antagónicas: ¡o lo uno o lo otro! Es preciso que el sacrificio sea holocausto: hay que quemarlo todo… hasta el «qué dirán», hasta eso que se llama reputación».Y hay dos «pequeñas grandes virtudes» que vienen exigidas por la verdad, la libertad y la responsabilidad y que, sinceramente, a los periodistas nos cuesta mucho poner por obra… La primera es la paciencia ante la incomprensión, recomendada por San Josemaría en el punto 579 de *Surco*: «Cuando no hay rectitud en el que lee, resulta difícil que descubra la rectitud del que escribe». La segunda es el ejercicio constante y humilde de la rectificación, tan necesaria para que no quede dañada la justicia. «Es virtud –se lee en el punto 605 de *Surco* – mantenerse coherente con las propias resoluciones. Pero, si con el tiempo cambian los datos, es también deber de coherencia rectificar el planteamiento y la solución del problema». Cámbiese la palabra «resoluciones» por «textos» y nos hallaremos ante uno de los «tragos» más amargos – y más imprescindible – del periodismo: la rectificación cuando se yerra…

4. «COMENZAR Y RECOMENZAR»

En el libro *Conversaciones* se halla el mensaje más específico dirigido por San Josemaría Escrivá a los periodistas: «Informad con hechos, con resultados, sin juzgar las intenciones, manteniendo la legítima diversidad de opiniones en un plano ecuánime, sin descender al ataque personal. Es difícil que haya verdadera convivencia donde falta verdadera información; y la información verdadera es aquella que no tiene miedo a la verdad y que no se deja llevar por motivos de medro, de falso prestigio o de ventajas económicas» (*Conversaciones*, 86).

Búsqueda y difusión de la verdad, compromiso con la libertad, ejercicio de la responsabilidad: son certezas sobre el ejercicio de mi profesión, el periodismo, no fáciles de poner por obra cada día. Pero, si se falla – ¡y se falla! –, siempre queda aplicar aquel remedio tan querido del fundador del Opus Dei: «Comenzar y recomenzar»…

Ciertas veces, cuando llego a mi lugar de trabajo, a la redacción, recuerdo aquella ocasión en la que unos visitantes de «Villa Tévere», la sede central romana del Opus Dei, le preguntaron a San Josemaría qué oratorio prefería entre los que hay en el edificio; él abrió unas ventanas, mostró la calle y dijo «¡Este!»… Mi redacción es también mi oratorio. Allí es donde debo mantener, con la ayuda del Señor, los ojos y el corazón abiertos para ver en mis colegas, en el bullir de la actividad humana que desfila por mi mesa de trabajo, en la suma de alegrías y tristezas, de heroísmos santos y de tragedias, el paso de Jesús. Es como si San Josemaría me susurrase: «Mira: es Cristo que pasa»…

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei